Mónica Melo

La Rueda

Lluvia y carne dados vuelta al sacrificio. Nueve manos
blanquísimas. Y el polvo. Sabía que su dios no era aquel mármol,
ni los ojos en la rueda de algún sino o aquel mudra que su índice
mojaba.
Lo esperó en el temporal, contra silencio, en los hábitos de vigas y
de ayunos. Y en la noche del fuego lo pidió.
La vida del milagro no es la paz. Hoy es todos los rostros que da el
cielo, el dolor provocado, la ceniza.

Del buen sentido

"*...durante dos corazones por su vientre"*
Cesar Vallejo

Hay, madre, un abrigo donde puedo ser
aquello que antes sal bajo tu canto.
Una cuerda en el tenso mar de aire,
nuestro tiempo que se cuece en la única
habitación multiplicada porque el fin es ilusorio.

Como no estas,
debo tomarlo por el peso viudo de su cifra, ajustarme cada duda al nacimiento, tributarme el sol sin rostro que perdí bajo mi pena.

El abrazo

Me piensas en la noche de tu lluvia, te
escribo con un sol fugaz de sierra.
Pirotecnia en una fiesta que no
entiendo, este día se ha incendiado con
sus siglos y podría contarte las vigilias
que ha subido Dios hasta tu puerta. Si
amaneces, yo me escondo en
recipientes de agua calida, en burbujas
de sal, este plato de arroz que nunca será aquel. El insomnio de las fotos, los trenes mirando cada océano. No hay hora que coincida con tu tiempo, quisieron que mi sangre resbalara hasta tan lejos del árbol, de tu boca contra el rió. Pero se que estoy leyéndote y despierta te cansas en mis ojos. Darse vuelta sobre el mismo abrazo. Tu frente aquí, mi pecho en vos, dormidas.